

LA Fe Apostólica

CONTENDÁIS ARDIENTEMENTE POR LA FE

ABRIL – JUNIO 2024

Transformado de ADENTRO hacia AFUERA

Por JODIE HINKLE

DENTRO

DE LA PALABRA

La Cura para la Carnalidad / 2

¿Quién Soy Yo y Por Qué Estoy Aquí? / 12

TESTIGO

Transformado de Adentro hacia Afuera / 8

EVIDENCIA

Roth Mom / Choolwe Moonga / 6

Lucila Conches Martinez / 7



Por Darrel Lee

LA CURA PARA LA CARNALIDAD

Con un sistema de raíces más fuerte que el cardo canadiense, la tendencia subyacente de la humanidad hacia el pecado debe ser erradicada por Dios.

Cuando yo era niño, nuestra familia vivía en una granja en Roseburg, Oregon, Estados Unidos, y en nuestra propiedad teníamos lo que mi padre llamaba cardos canadienses. Estos cardos eran de una variedad diferente a las malas hierbas que mis hermanos y yo podíamos arrancar fácilmente de raíz y deshacernos de ellas antes de que se fueran capases de crear semillas. El cardo canadiense es una planta perenne agresiva con un sistema de raíces subterráneo vigoroso que puede extenderse sin ser visto por un metro o más. ¡Se propaga sin descanso! Incluso si mis hermanos y yo excavábamos las plantas por debajo de la superficie, en poco tiempo aparecían los brotes de una nueva cosecha de cardos, a veces

hasta a varios pies de distancia del área donde los vimos por primera vez. ¡Qué cuadro de cómo la naturaleza carnal produce una “cosecha” de pecados aun cuando se hace un esfuerzo decidido para controlarla!

Cuando el profeta Jeremías declaró: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso” (Jeremías 17:9), él estaba hablando de ese sesgo interno hacia el pecado. Mientras éramos pecadores, la naturaleza carnal se manifestaba en forma de rebelión, desobediencia, lujuria y otros pensamientos o acciones que desagradan a Dios. Habríamos tenido que rendir cuentas por los pecados cometidos en el Día del Juicio si no nos hubiéramos arrepentido de ellos y obtuviéramos el perdón. Cuando nos alejamos de nuestros pecados y

buscamos la misericordia de Dios, Su Espíritu dio testimonio a nuestros corazones de que fuimos perdonados. ¡Qué alegría llenó nuestros corazones cuando nos convertimos en hijos de Dios! Con esa experiencia de haber nacido de nuevo, comenzó una vida cristiana.

Sin embargo, el sesgo subyacente hacia el pecado—la naturaleza carnal—aún existía después de que fuimos salvos.

¿Qué es la naturaleza carnal?

Nosotros aprendemos en los primeros capítulos de Génesis que, aunque Adán y Eva fueron creados con un sesgo o inclinación pura, también tenían libre albedrío. Eligieron hacer

LO QUE SIGNIFICA SANTIFICAR

La palabra *santificar*, junto con las palabras traducidas *santo*, *sagrado* y *santificado*, se deriva de la palabra griega *hagios*, que significa “santo”. Por esta razón, la experiencia de la santificación también se denomina a veces “santidad”. El verbo *santificar* tiene dos significados básicos: “hacer santo o purificar” y “consagrar o separar de la impiedad y dedicar a Dios”. Un estudio de estas palabras revela que la experiencia de la santificación es la purificación del corazón de una persona—una dedicación a Dios y una erradicación de la naturaleza pecaminosa. Una persona santa y santificada, entonces, es aquella que ha sido consagrada o apartada para servir a Dios y está limpia de su vieja naturaleza pecaminosa.

el mal, y esa decisión hundió a toda la humanidad en una condición depravada. Después de la caída del hombre, toda persona ha nacido con una tendencia al pecado, a la que se hace referencia como la “naturaleza carnal”, la “naturaleza adámica” o la “naturaleza pecaminosa”. Las religiones protestantes reconocen la caída de Adán y se refieren a la desobediencia de nuestros antepasados como el “pecado original”. Ellos reconocen la presencia y el poder de la carnalidad. Uno no puede negar que la naturaleza del pecado existe, porque la evidencia de esto está en todas partes del mundo que nos rodea.

La Biblia también deja en claro que, además de nacer con una naturaleza pecaminosa, cada individuo eventualmente elige pecar. El egoísmo es parte de la disposición de un niño mucho antes de que desarrolle la capacidad de razonar o diferenciar entre el bien y el mal. Luego, cuando se desarrolla la razón, él al final toma la misma decisión que tomaron Adán y Eva—la desobediencia deliberada.

Es imposible conquistar la naturaleza carnal con nuestras propias fuerzas. Luchar contra ese sesgo interno hacia el pecado es como cuando un hombre lucha por salir de las arenas movedizas. Él no tenía la intención ni el deseo de quedar

atrapado en él, pero está atrapado, y cuanto más lucha por liberarse, más se hunde. El poder de las arenas movedizas es más fuerte que él, por lo que su único medio de escape debe provenir de fuera de sí mismo.

La familia humana está atrapada por la naturaleza del pecado con la que nacemos. Se necesita a Dios para liberarnos—Él proporciona el único remedio para la carnalidad. Solo Él tiene el poder no sólo de perdonar nuestras malas acciones pasadas en el momento de la salvación, sino también de liberarnos de aun la naturaleza del pecado que reside en nosotros. Esa experiencia tiene lugar cuando un individuo justificado es santificado.

El remedio para la carnalidad: la santificación

El agricultor cercano a nuestra granja familiar en Roseburg nos presentó un remedio para el problema del cardo canadiense: un herbicida conocido como 2, 4-D. Cuando se rocía sobre los cardos, esa solución impregna el sistema de raíces y erradica permanentemente la maleza. Sin embargo, ningún herbicida eliminará la naturaleza carnal. Ninguna cantidad de

esfuerzo humano será suficiente. El remedio es la Sangre de Jesús, y es aplicada a nuestros corazones cuando experimentamos la santificación.

La santificación es una segunda obra de gracia, instantánea y definida, que produce un cambio en lo más profundo—un cambio que trata con la naturaleza del pecado de la cual brotan los actos pecaminosos. Cuando experimentamos la santificación, la naturaleza carnal ya no nos domina porque ha sido erradicada.

No es culpa nuestra el haber nacido en pecado y poseer una naturaleza pecaminosa; no somos responsables de eso. Sin embargo, nosotros sí somos responsables de aprovechar el remedio que Dios ofrece a través de la santificación.

Exhortación bíblica

La Biblia está llena de exhortaciones a los cristianos a la santificación. Un ejemplo se encuentra en Juan 17:17, donde leemos la oración de Jesús para que Sus discípulos sean santificados. Después de establecer que Sus seguidores no eran del mundo, “como tampoco yo soy del mundo”, Jesús oró: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”.

A menudo en las Escrituras las palabras *santificado* y *santo* son sinónimos; pueden ser



CÓMO RECIBIR LA SANTIFICACIÓN

La forma en la que una persona se acerca a Dios para la santificación es muy diferente del enfoque para la salvación. Cuando una persona viene a Dios en busca de salvación, él viene sabiendo que es un pecador. Hay acciones pecaminosas en su vida que lo separan de Dios, y él siente un profundo remordimiento por ellas. Viene a Dios arrepentido y pide misericordia y perdón. Su propósito es apartarse por completo de todo lo que le desagrada a Dios. En respuesta, el Señor perdona sus pecados, inunda su corazón de paz y le da una vida completamente nueva.

Cuando ese individuo viene a Dios para ser santificado, él no viene con arrepentimiento por los pecados cometidos. En cambio, viene con un reconocimiento de que necesita algo más—una liberación de la naturaleza pecaminosa innata. Él tiene hambre de la capacidad de conformarse plenamente a la imagen y naturaleza de Cristo, por lo que él viene consagrándose, presentando su vida en sumisión total como sacrificio vivo a Dios. Esa es su parte—rendirse o separarse a sí mismo a Dios. Mientras mira a Dios con fe sencilla, creyéndole a Él por esta experiencia, Dios hará Su parte al purificar su corazón y hacerlo santo.

Una persona sabe cuándo ha recibido la experiencia de la santificación, tan ciertamente como cuándo supo que fue salvado, aun si no sepa cómo llamarlo en ese momento. El amor divino de Dios inunda su corazón. El prejuicio o la inclinación al pecado se ha ido, y una paz más profunda, el descanso, y la alegría entran en su alma. El Espíritu de Dios da testimonio con su espíritu de que su corazón ha sido limpiado.

intercambiados. En el Libro de 1 Pedro, encontramos el mandato: “Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:15-16). Es la voluntad de Dios que Sus seguidores sean santificados.

En 1 Tesalonicenses 4:3, el apóstol Pablo les dijo a los creyentes en Tesalónica: “Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación...”. En el versículo 7, continuó diciendo: “Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación”. Al final de su epístola, él oró para que los tesalonicenses recibieran esa experiencia, diciendo: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará”.

El significado de las palabras *por completo* en ese versículo es “entero”, y es por eso que la experiencia de la santificación a veces se denomina “santificación entera”. No hay ninguna implicación de que Dios santificaría a los creyentes de Tesalónica en parte y luego más a medida que avanzaban. La experiencia de la santificación es entera; es completa. No crecemos en la experiencia de la santificación entera. Debemos experimentar esa llama purificadora para que la naturaleza carnal sea erradicada.

Sin embargo, todavía hay una necesidad de crecimiento espiritual después de haber sido santificado.

El propósito de la santificación

Para entender cómo y cuándo ocurre el crecimiento espiritual, es útil saber qué hace y qué no hace la experiencia de la santificación en nuestras vidas. La santificación nos limpia por dentro y nos proporciona corazones perfectos—ya no luchamos contra los levantamientos de la naturaleza carnal porque la carnalidad ha sido eliminada. Como individuos santificados, nos

hemos dedicado por completo a Dios, por lo que tenemos un profundo anhelo de pureza en espíritu, alma y cuerpo, y con gusto nos alejamos de todo lo que pueda contaminar. La santidad interior también motiva un deseo de hacer siempre lo correcto.

Sin embargo, todavía seguimos siendo humanos. Si bien se ha removido la naturaleza del pecado, la experiencia de la santificación no resulta en la perfección absoluta en el mismo sentido en que Dios es absolutamente perfecto. La santificación tampoco nos restaura al estado de inocencia creada, la cual Adán tenía antes de la Caída. La experiencia de la santificación no elimina las limitaciones y fragilidades que acompañan a la humanidad; somos hechos moralmente perfectos, no mental, física o emocionalmente perfectos.

La falta de información adecuada o el mal juicio pueden causar que los creyentes santificados a veces tomen decisiones menos que perfectas. Nosotros ocasionalmente podemos exhibir un grado de impaciencia, tal vez como resultado de la falta de descanso adecuado, estrés acumulado o enfermedad. Si la santificación hiciera a las personas perfectas en el sentido absoluto, nosotros nunca cambiaríamos de opinión, ni combatiríamos los pensamientos seculares durante los servicios dominicales, ni tendríamos necesidad de disculparnos. Nunca nos sentiríamos frustrados cuando un conductor lento nos haga llegar tarde a una cita. Nunca reaccionaríamos de forma exagerada ante las excusas ilógicas de nuestros adolescentes o sus habitaciones constantemente desordenadas.

La santificación templará nuestras personalidades; sin embargo, si éramos introvertidos antes de ser santificados, probablemente seguiremos siendo introvertidos después de experimentar la santificación. Si antes éramos extrovertidos, seguiremos siendo extrovertidos después de la santificación. Nuestra vieja naturaleza

2 CORINTIOS 7:1

“Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”.

carnal es erradicada pero no nuestra personalidad.

La santificación resiste la tentación, aunque no elimina la posibilidad de ser tentado. Adán fue creado en un estado moral puro, pero aún estuvo sujeto a la tentación. Era capaz de alejarse de lo que él sabía que era correcto; trágicamente, lo hizo y eligió hacer el mal. De manera similar, como personas santificadas, aún podemos optar por rechazar lo que sabemos que es correcto y volver al pecado. La santificación no niega la posibilidad de descarrilamiento, pero la erradicación de la naturaleza carnal elimina la inclinación interna al pecado.

Crecer espiritualmente después de la santificación

Los desafíos de la vida diaria ofrecerán muchas oportunidades para que ocurra el crecimiento cristiano después de que seamos santificados. Vienen las pruebas de la vida, y desearemos recibir instrucción de Dios sobre cómo manejarlas. Escucharemos y obedeceremos cuando llegue esa instrucción, y mientras lo hacemos, continuaremos desarrollándonos en madurez espiritual.

Jesús les dijo a Sus oyentes: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48). Nuestro principal deseo en la vida debe ser que cada pensamiento, palabra y acción sea de agrado a Dios. Ese propósito profundamente arraigado

de honrar a Dios en cada parte de nuestras vidas describe un corazón perfecto.

La prueba de que existe este estado de perfección se encuentra en cómo respondemos cuando nos hemos quedado cortos en el comportamiento que Dios desea en nuestras vidas: nos arrodillamos pidiéndole a Él que nos ayude a lidiar con futuras situaciones similares de una manera más aceptable para Él.

Esto no quiere decir que Dios nos permita excusar, racionalizar o ignorar el comportamiento pecaminoso. Los pecados son transgresiones deliberadas de lo que sabemos que es la voluntad de Dios para nuestras vidas, y el pecado requiere arrepentimiento. Sin embargo, los errores de juicio, los errores cometidos por ignorancia o los lapsos por la fragilidad humana no son pecado, siempre que broten de un corazón motivado por el amor. Dios conoce la diferencia entre lo que está motivado por el amor y lo que está motivado por el compromiso o el desafío, y Él nos lo aclarará a medida que busquemos Su ayuda.

La justificación y la santificación establecen una condición en la que deseamos corregir las deficiencias. Pablo exhortó a los creyentes en Corinto: “Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Corintios 7:1). Una vida victoriosa no se demuestra por la ausencia de fallas humanas o debilidades, sino por el hecho de que tenemos el poder y la gracia para tomar

medidas para corregir cualquier comportamiento que no esté a la altura de lo que Dios desea de nosotros. Tenemos una sensibilidad que nos motiva, por ejemplo, al ofrecer una disculpa cuando es necesario—¡o incluso cuando existe una remota posibilidad de que sea necesario! La victoria está en nuestra voluntad en admitir la falta. En nuestro deseo de agradar a Dios, confesaremos libremente nuestras deficiencias a Él y a nuestro prójimo según sea necesario. Ese espíritu de sensibilidad es la perfección cristiana en acción.

Un reto

Aproveche esta oportunidad para examinar su relación con Dios. ¿Ha experimentado usted la salvación de sus pecados? ¿Ha usted buscado y recibido la experiencia de la santificación entera que lidia con la naturaleza carnal? ¿Tiene usted un profundo deseo de honrar a Dios en todos los aspectos de su vida? ¿Está usted dispuesto a buscar Su ayuda en cualquier área en la que usted no esté completamente a la altura?

Este camino del Evangelio es un camino de santidad. Queremos que los demás puedan observar nuestras vidas y ver que adónde sea que vamos, lo que decimos y cómo nos comportamos es irreprochable. ¡Por medio de la ayuda y la gracia de Dios, ese puede ser nuestro testimonio! ❖

*Reverendo Darrel Lee es
Superintendente General de la Iglesia
de la Fe Apostólica.*

EVIDENCIA

ROTH MOM

PORTLAND, OREGON,
ESTADOS UNIDOS



Dios es la razón por la que mi vida es lo que es hoy. Nací en Camboya durante la guerra civil que duró de 1968 a 1975. Cientos de miles de camboyanos murieron y más de dos millones fueron desplazados de sus hogares. Después de eso, el régimen de los Jemeres Rojos, dirigido por Pol Pot, llegó al poder y continuó el masivo derramamiento de sangre. Algunos de mis primeros recuerdos son de cuando mi familia tuvo que empacar lo que podíamos cargar y comenzamos a correr. Esa fue la última vez que vimos nuestra casa. Yo no entendía lo que estaba pasando, pero sabía que debía seguir a mis padres y ahora los aprecio mucho por no dejarnos atrás. A menudo, de noche, exploraban o buscaban comida, y a veces me preguntaba si volverían, pero siempre lo hacían.

Todos los días, durante tres o cuatro años, corríamos por la jungla de un lugar a otro, haciendo todo lo posible por permanecer ocultos para que no nos dispararan. Vi gente caminando con lanzacohetes mientras nos escondíamos debajo de los arbustos y en los agujeros. Pasamos por zonas donde había minas terrestres, pero afortunadamente no las pisamos. Muchas veces nos podrían haber matado—las personas a nuestro lado se caían a diestra y siniestra mientras corríamos—Dios estaba con nosotros y nos protegía, aunque aún no lo conocíamos.

Una vez me caí en un río embravecido, y otra vez me dejaron en una canoa que se alejaba flotando de mi familia. En otra ocasión, casi pierdo la vida en un lago. Empecé a caer hacia atrás en aguas profundas, pero alguien me empujó hacia arriba. No me ahogué, y creo que fue porque había ángeles cuidándome.

Dios nos ayudó a escapar a Tailandia y luego a Filipinas. Finalmente, tuvimos la bendición de venir a los Estados Unidos, llegando en 1984. Cuando habíamos vivido en los Estados Unidos durante unos meses, alguien nos invitó a mis hermanos y a mí a la escuela dominical en la Iglesia de la Fe Apostólica. Empezamos a asistir regularmente y aprendimos acerca de Dios y Su Hijo Jesús. Con el tiempo entendí que había un Cielo y un Infierno, y que si Jesús no estaba en mi vida, terminaría en el Infierno. Yo no quería eso. Justo antes de mi último año en la escuela secundaria, oré después de un servicio religioso y le entregué mi vida al Señor, y Él perdonó mis pecados.

Antes de ser salvado, a menudo tenía pesadillas sobre las cosas que había visto durante esos años en la jungla. Tan pronto como Dios me salvó, tuve paz; no hubo más pesadillas. Dios borró todo eso.

Sin el amor y la misericordia de Dios, yo no estaría aquí. Él es maravilloso y quiero servirle el resto de mi vida.

CHOOOLWE MOONGA

SOLWEZI, ZAMBIA



Mis padres amaban al Señor y nos enseñaron a nosotros los niños el valor de la adoración familiar desde la etapa más temprana. Papá solía leer la Biblia y cantábamos y orábamos en familia. Una vez, cuando estaba yo enfermo al borde de la muerte, mis padres oraron hasta que Dios me levantó, así que tuve una experiencia de primera mano del poder de la oración. En momentos de necesidad, nuestra familia vio a Dios proveyéndonos, protegiéndonos, sanándonos y consolándonos.

En el 2005 ingresé a un internado para continuar mi educación secundaria y allí comencé a vivir una vida de compromiso. Escogí mala compañía y pronto comencé a beber y fumar. Me suspendieron de la escuela muchas veces y contrataba a alguien para que se hiciera pasar por mi padre y me representara durante el comité disciplinario de la escuela. En un momento, fui detenido por la policía y azotado por mis crímenes, pero ni siquiera eso pudo cambiarme. Me aseguré de que mis padres no se enteraran de mi mal comportamiento, pero de alguna manera parecía que el Espíritu de Dios se los había revelado a ellos porque sus consejos para mí siempre apuntaban a mi vida pecaminosa.

Después de la escuela secundaria, estudié ingeniería en la provincia de Copperbelt de Zambia y luego conseguí un trabajo en la mina. Allí, mi vida siguió deteriorándose. Era adicto al alcohol y los cigarrillos y me hice popular en bares y clubes nocturnos, cantando música mundana con la intención de convertirme en un artista popular. Mi corazón se endureció y odié mucho a la iglesia. Cuando el Espíritu de Dios me recordaba mi infancia, lo ponía de lado.

Yo no quería que los miembros de mi familia supieran dónde estaba o qué hacía, así que lo único que sabían era que estaba trabajando en la mina. Sin embargo, las oraciones de mi madre eran lo que me mantenían con vida. Dios me perdonó la vida varias veces cuando la mina colapsó. También perdí algunos amigos por circunstancias muy poco claras. Sin embargo, Dios estaba usando estos eventos para traerme de regreso a Él.

Cuando terminó mi contrato en la mina, decidí visitar a un hermano mayor que no había visto en mucho tiempo. Durante mi estadía asistí a la iglesia y me encontré con Cristo en el altar de oración el 23 de julio de 2017. Me entregué a Jesús y Él me salvó y limpió mi vida. La alegría llenó tanto mi corazón que estuve cantando y meditando sobre la Palabra de Dios durante toda la noche. El deseo por el alcohol, por fumar y los placeres del mundo me abandonaron por completo. ¡Yo era una nueva criatura en Cristo Jesús!

El cambio que Dios hizo en mi vida es verdaderamente por Su asombrosa gracia. Mi padre murió antes de que yo fuera salvo, pero yo quiero emular su ejemplo de oración constante y un día encontrarme con él en el Cielo. Le debo a Jesús mi vida, y mi oración es que lo veré cara a cara.

**LUCILA
CONCHES
MARTINEZ**

LIMAVIDA, CHILE



Mis padres no iban a la iglesia cuando yo era niña, pero sin embargo siempre amé a Dios desde que era pequeña. Cuando los cristianos pasaban por nuestro pueblo predicando en las calles, yo los seguía en medio de ellos. Mi deseo era servir a Dios, pero pensé que nunca sería posible porque mi padre no iba a la iglesia. Gracias a Dios, un amigo de mi padre, quien era pastor, lo invitó un día a la iglesia. En ese entonces tenía quince años, y fue entonces cuando oré e invité al Señor a entrar en mi corazón. Dios puso Su amor en mi alma, y desde entonces he sido feliz caminando en los caminos del Señor.

Con el tiempo Dios me dio un esposo muy bueno y dos hijos. Él también me sanó de muchas enfermedades. Una vez, cuando estaba embarazada de uno de mis hijos, tenía úlceras que eran tan malas que casi no podía comer. Me preocupaba que mi hijo naciera desnutrido. Un día en la iglesia, oré y avancé para que los ministros me ungieran y oraran por mí, y el Señor me sanó. Sentí cuando el dolor se fue, y nunca más tuve dolor por úlceras.

Dios siempre ha guiado mi vida y ha estado conmigo en las buenas y en las malas. Cuando me he sentido derrotado, Él me ha levantado. Mis padres y una hermana ya se han ido al Cielo, y doy gracias a Dios porque sé que nos reuniremos en la vida eterna. Para mí, Dios es amor, Él es poderoso y Él es el más hermoso que jamás podría existir.

¿QUÉ DEBO HACER PARA SER SALVO?

RECONOCER

“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” *Romanos 3:23*

“Dios, sé propicio a mí, pecador” *Lucas 18:13*

CONFESAR

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” *1 Juan 1:9*

ARREPENTIRSE

“No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” *Lucas 13:3*

“Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” *Hechos 3:19*

DEJAR

“Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” *Isaías 55:7*

CREER

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” *John 3:16*

Si eres un Cristiano nuevo, te animamos a que escribas y pidas el folleto llamado, “Empezando”.



Por Jodie Hinkle

TRANSFORMADO DE ADENTRO HACIA AFUERA

Jodie aprendió que tratar de ser una buena persona no hace que una persona sea buena. ¡Ella necesitaba un cambio que solo Dios podía hacer!

“Esa semana, el cambio interior que Dios había hecho en mi corazón continuó manifestándose exteriormente”.

A los ocho años, asistí a una clase de una escuela dominical y aprendí sobre Dios y el Cielo. La maestra describió el Cielo como un lugar hermoso sin pena ni dolor, y sonaba tan maravilloso que a partir de ese momento quise ir. Sin embargo, ella no nos dijo cómo llegar allí. En cambio, dijo que era normal que los niños fueran traviesos, pero que si amábamos a Dios, haríamos todo lo posible para ser buenos. En ese momento decidí que ser bueno era el camino para llegar al Cielo.

Mientras estaba creciendo, hice lo mejor que pude para vivir correctamente sin tener nunca la seguridad de que este era el camino correcto hacia el Cielo. Durante mis años de adolescencia, mis amigos comenzaron a consumir drogas, a emborracharse en fiestas los fines de semana y a mentirles a sus padres sobre dónde estaban. Me ofrecieron drogas, y había mucha presión por parte de mis compañeros para ir a las

fiestas, pero como estaba decidido a llegar al Cielo algún día, yo resistí.

Cuando aún estaba en la escuela secundaria, conocí a mi futuro esposo en el trabajo y un día le dije

Él dijo: “Para Dios, nada hay imposible. Él puede quitar los pecados de una persona”.

Sentí que él solo estaba viendo lo que quería ver.

que era yo cristiana. Él respondió: “No, no lo eres. Pecas todo el tiempo”. Yo tenía un mal genio y era una mentirosa compulsiva, pero yo dije: “Nadie es perfecto, pero trato de ser buena”. Me dijo que su mamá se había convertido al cristianismo antes de que él naciera y que él nunca la había visto pecar. Yo dije: “Eso es imposible. Nadie puede controlar todas sus acciones todo el tiempo”.

Él dijo: “Para Dios, nada hay imposible. Él puede

quitar los pecados de una persona”.

Sentí que él solo estaba viendo lo que quería ver, así que terminamos la discusión.



Un reto para Dios

Varios años después de casarnos, sucedió algo que cambió mi perspectiva. El 28 de septiembre de 1987 fui a trabajar y tuve una discusión con un compañero de trabajo. La discusión se volvió tan acalorada que salí furiosa y me alejé en mi auto. Mientras conducía, continué con mi versión de la discusión gritándole a mi compañero de trabajo y golpeando el volante con los puños.

Después de un tiempo, mi rabia se volvió hacia los demás, incluyendo a mi esposo y su familia. Entonces, como había estado planeando divorciarme, grité: “¡Adiós y hasta nunca!”. Inmediatamente, se me ocurrió que quizás Dios no aprobaba el divorcio, y esto podría descalificarme para el Cielo.

Ahora estaba enojada con Dios y lo desafié: “¿Quién eres Tú para sentarte allí tan lejos de nosotros, sin tener nada que ver con nosotros hasta después de que morimos y, sin embargo, estableces reglas para que vivamos? ¡Yo debería ser la que hace las reglas porque vivo aquí y sé lo que la gente necesita! Si una pareja no se lleva bien, necesitan divorciarse”. Entonces le pregunté: “¿Estás Tú en contra del divorcio, sí o no? ¿Qué tiene de malo de todos modos?”

Me vinieron a la mente más opciones de vida de las que no estaba seguro. Por ejemplo, escuché a alguien decir que una pareja que vivía junta sin estar casada vivía en pecado. En cada caso, le pregunté a Dios: “¿También estás en contra de eso? ¿Qué tiene de malo de todos modos?”

En ese momento, yo ya había conducido a través de la ciudad y estaba muy alterada. Tenía una pregunta más: “¿Por qué tenemos que esperar hasta que sea demasiado tarde para obtener

respuestas y saber si elegimos el camino correcto al Cielo?”

Una serie de eventos orquestados

Necesitando calmarme, encendí la radio, la cual siempre estaba configurada en una determinada

No hubiera escuchado, excepto que la primera pregunta fue “¿Está Dios en contra del divorcio, y si es así, por qué?” Un hombre respondió diciendo: “Dios no quiere que nos divorciemos”.

estación de música, pero no entraba ninguna señal de radio. Presioné el botón de presintonía y sólo había estática. Frustrada, comencé a presionar todos los botones y aun así, sólo había estática. Preguntándome si la radio estaba rota, comencé a mover el dial de un lado a otro tratando de captar algo.

En ese momento, el conductor frente a mí pisó abruptamente los frenos. Las luces rojas de freno me llamaron la atención, y debajo

de la luz a la derecha había una calcomanía en el parabarro que decía: “KPDQ 93.7 FM”. Para saber si mi radio estaba rota, puse el dial en esa estación y sintonizó directamente. El programa era un programa de entrevistas en un formato de preguntas y respuestas. No hubiera escuchado, excepto que la primera pregunta fue “¿Está Dios en contra del divorcio, y si es así, por qué?”

Un hombre respondió diciendo: “Dios no quiere que nos divorciemos. Él no quiere que experimentemos la angustia que trae”. Luego dio estadísticas que detallan el daño duradero causado por el divorcio. La segunda pregunta fue: “¿Está Dios en contra de que una pareja viva junta antes del matrimonio, y si es así, por

Jodie con su esposo (CJ), hijo (Cameron), e hija (Catey) en 1989.



La familia de Jodie con su suegra, Audrey.



qué?” Las estadísticas fueron usadas nuevamente y mostraron que esta situación también tiene consecuencias dañinas.

A medida que continuaba la discusión, aprendí que hacer las cosas a la manera de Dios evitará que nos lastimemos a nosotros mismos y a los demás. Humillada, pensé, *Yo quería ser la creadora de reglas, pero ni siquiera conocía las estadísticas ni consideraba el propósito de las reglas.*

Al final del programa, todas mis preguntas habían sido formuladas y respondidas. Me sorprendió que Dios había estado escuchando, que se preocupara lo suficiente por mí como para responder y que fuera capaz de orquestar eventos para hacerlo. Me preguntaba, *¿Cómo sabía Dios que yo haría esas preguntas? ¿Fue Él quien rompió mi radio? ¿Cuándo grabaron ese programa?*

Al regresar a mi trabajo, me senté en el estacionamiento pensando. Al final del programa, el presentador había hablado sobre la necesidad de un Salvador. Él dijo: “No importa qué tan bien te comportes exteriormente, si tu

corazón está lleno de odio, eres un pecador que va a ir al Infierno”. Mi corazón estaba rebosando de odio, pero me decía a mí misma: “Está justificado, así que está bien”. Mis pensamientos se dirigieron a alguien quien me había hecho daño, y me burlé con desprecio. Entonces, de repente, fue como si un espejo se volviera hacia mí; vi

Estaba tan sorprendida de que Dios pudiera transmitir el perdón, dar la seguridad del Cielo e intercambiar alegría por odio. Yo había pensado que todas las religiones se basaban únicamente en la fe sin pruebas.

la fealdad del odio en mi corazón por esta persona. También vi mis propias acciones dañinas y que mis fechorías provenían de la misma fuente que las de esta persona. Toda mi perspectiva cambió. Me di cuenta de que después de haber pasado mi vida tratando de ser buena, yo no era mejor que esta persona. Yo era igual una pecadora.

Avergonzada, oré: “Dios, lamento mucho haber manchado Tu nombre al llamarme a mí misma una cristiana mientras hería a otros. Lo siento por el odio en mi corazón y las cosas

malas que he hecho por eso. Yo no quiero seguir haciendo estas cosas. De ahora en adelante, te seguiré a Ti y haré lo que Tú quieras que haga”. Entonces dije: “No sé qué hace que una persona sea un verdadero cristiano”. En ese momento me vino a la mente una conversación de años atrás sobre mi suegra. Nunca la había visto pecar y ahora me preguntaba: *¿Podría ser verdad que Dios quita el pecado de una persona?* Continué: “Cualquiera que sea la verdad, yo sé que Tú lo harás por mí”.

Yo no sabía que la Biblia enseña: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados” (1 Juan 1:9). Tampoco había leído: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16). Sin embargo, en el momento en que terminé mi oración, sentí el perdón de Dios, así como también Su amor y aceptación. Además, algo sucedió en mi corazón y supe sin duda que estaba lista para el Cielo. Entonces, todo el odio en mi corazón comenzó a disiparse como una niebla y, a medida que avanzaba, la alegría me inundó. Estaba tan sorprendida de que Dios pudiera transmitir el perdón, dar la seguridad del Cielo e intercambiar alegría por odio. Yo había pensado que todas las religiones se basaban únicamente en la fe sin pruebas.

Una transformación

Cuando salí de mi auto y regresé al trabajo, todo parecía nuevo por dentro y por fuera. Los árboles estaban llenos de color, mis pensamientos eran limpios y claros, y me sentía tan ligera, como si caminara en el aire. Se había producido una transformación, y esto se hizo más evidente a medida que pasaba el día. Un ejemplo sucedió poco después de que volví a mi escritorio entre el resto del personal de la oficina.



KPDQ 93.7 FM

Una compañera de trabajo entró del almacén con su brazo envuelto en una sudadera, la cual estaba goteando sangre. Todos se apresuraron a ayudar, pero yo me congelé, porque hubo una punzada repentina en mi corazón que no reconocí. Me pregunté, *¿Qué es esta sensación extraña?* Aprendería meses después que era empatía. Que yo supiera, nunca antes la había experimentado, ni siquiera para mis dos hijos pequeños.

Esa semana, el cambio interior que Dios había hecho en mí

Sucedió algo maravilloso:
el Espíritu de Dios me hizo
capaz de entender y aplicar
Su Palabra en mi vida.

corazón continuó manifestándose exteriormente. Una tarde me senté a leer una revista, pero los chismes que contenía me hicieron sentir tan sucia que la tiré a la basura. Encendí la televisión, pero encontré algo ofensivo en todos los canales. Al releer un libro favorito, me disgustó el lenguaje obsceno y la violencia. Pensé: *¿Por qué no me di cuenta de esta basura antes?* Yo todavía no entendía la obra que Dios había hecho en mi corazón. No había oído: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).

Eventualmente, se me ocurrió leer una Biblia que se les había dado a mis hijos, aunque yo no tenía idea de cuál era su propósito. Una persona me había dicho que era una historia de los judíos. Otro había dicho que era un libro de morales. Otro más había dicho que sólo la segunda mitad se aplicaba a nuestro día. Decidí empezar por el principio y descubrirlo por mí mismo.

En los primeros capítulos de Génesis, leí sobre los orígenes de la raza humana y cómo nos separamos de Dios. Pensé, *Este es un libro de historia.* Luego llegué a la historia de Jacob y noté un paralelo con mi propia vida. Jacob era un mentiroso que tuvo un encuentro inesperado con Dios. Él oró, entregando su vida al seguimiento de Dios, y fue transformado. Sentí que Dios me hablaba directamente a mí a través de las experiencias de Jacob. De repente, yo pensé, *Esto es personal.* Entonces supe, *¡La Biblia es una carta de nuestro Creador!* En ese momento, quise saber todo lo que Dios tenía que decirnos y comencé a leer la Biblia durante horas todas las noches.

Mientras yo leía, sucedió algo maravilloso: el Espíritu de Dios me hizo capaz de entender y aplicar Su Palabra en mi vida. A los pocos meses de entregar mi vida a Dios, Él restauró mi relación con mi esposo, me ayudó a reconciliarme con mi compañero de trabajo y me enseñó a diezmar, disciplinar a mis hijos, vestir con modestia y más.

Estoy tan agradecida por el día en que Dios orquestó los eventos para revelarse ante mí. Hoy, sé que Él es real y se preocupa lo suficiente por nosotros como para querer tener una relación diaria con nosotros. Y por fin tengo la seguridad de que lo veré a Él en el Cielo un día. ❖

Jodie Hinkle es una miembro del equipo editorial de la Oficina Central Mundial de la Iglesia de la Fe Apostólica en Portland, Oregon, Estados Unidos.



La familia de Jodie con sus padres, Randy y Esther, en 1989.



CJ y Jodie con sus nietas en 2021.

“Los árboles estaban
llenos de color, mis
pensamientos eran
limpios y claros, y
me sentía tan ligera,
como si caminara
en el aire”.



Por Olulana Alofe

¿QUIÉN SOY YO Y POR QUÉ ESTOY AQUÍ?

La Palabra de Dios responde las preguntas más comunes sobre quiénes somos.

Cuando tenía unos seis años, tuve lo que algunos llamarían una “crisis de identidad”. Una mañana le dije a mi mamá que quería cambiar mi nombre. Mi nombre es Olulana, pero todos me llaman Lana, y ese era un nombre raro en mi escuela primaria. Nadie más tenía un nombre como el mío. Habían algunos chicos llamados Juan, José y Pablo, pero ninguno como Lana. Habían otros nombres únicos—un estudiante se llamaba Shermini y otro de Israel se llamaba Wasim—pero mi nombre parecía especialmente extraño porque uno de los otros niños dijo que era un nombre de niña y se burlaba de ello.

Así que le dije a mi mamá: “Quiero cambiar mi nombre”. Ella preguntó: “¿Qué nombre quieres?” y yo dije: “Juan”. Ella dijo: “Está bien,

te llamaremos Juan”. Ella me dio una sonrisa. Estaba a punto de salir por la puerta y ella dijo: “Lana, te

Cuando hablamos de la esencia de quiénes somos, sólo hay dos respuestas que una persona puede dar: o somos pecadores o somos hijos de Dios.

olvidaste tu bolsa del almuerzo”. Yo insistí: “¡No! ¡Mi nombre no es Lana! Llámame Juan”. Ella dijo: “Está bien, Juan. Agarra tu bolsa del almuerzo”.

En la escuela, les dije a mis compañeros: “A partir de hoy, me llaman Juan”. Como era de esperar, Pablo se puso de pie y dijo: “Tú no eres Juan. Tu nombre es Lana y tus padres te llamaron Lana. Ese es tu nombre”. Cuando comenzamos a discutir el asunto, nuestra maestra, la Sra. Kurtzen, vio lo que estaba pasando y se acercó. Cuando le explicamos el problema, me dijo algo que nunca antes había escuchado en mi vida. Ella dijo: “Tu nombre es importante. Tus padres tenían una razón para ponerte ese nombre. Así que siéntete orgulloso de ello”. Me sentí bien acerca de esto. Ella me ayudó a tener una idea de quién era yo y por qué mi nombre importaba. Regresé a mi casa y le dije a mi mamá que después de todo quería recuperar mi nombre, y ella me dejó volver a tener el nombre Lana.

Mi breve crisis de identidad se originó en la falta de comprensión sobre mi existencia. Hay ciertas preguntas básicas que todos nos hacemos a nosotros mismos en algún momento: ¿Cómo llegué aquí? ¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Hacia dónde me dirijo? Toda la gente en el mundo se hace estas preguntas, y algunos gastan una gran cantidad de dinero buscando las respuestas. Sin las respuestas, difícilmente podemos elegir un nombre, y mucho menos saber cómo debemos vivir nuestras vidas. La sociedad secular tiene mucho que decir sobre estas preguntas y puede parecer que tiene argumentos convincentes. Sin embargo, si queremos saber la verdadera razón de nuestra existencia, sólo Aquél que nos creó tendrá la respuesta correcta. Consideremos lo que dice la Palabra de Dios acerca de estas cuatro preguntas básicas que todas las personas quieren saber.

¿Cómo llegué aquí?



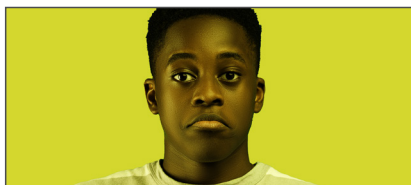
Esta vieja pregunta tiene una respuesta simple. Leemos en las primeras palabras de la Biblia: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). Entonces Dios dijo: “Sea la luz . . .”, y, “Haya

Mi breve crisis de identidad se originó en la falta de comprensión sobre mi existencia.

expansión . . .”, y esas cosas llegaron a la existencia. Así nació nuestro mundo. En el sexto día de la Creación, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo hicieron un hombre a su propia imagen. La Biblia dice que Dios formó al hombre del polvo de la tierra, luego sopló en él el aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente (Génesis 2:7). Dios llamó al hombre Adán. De la costilla de Adán, Dios formó a una mujer, Eva, y se convirtieron en los antepasados de todas las personas en este planeta.

Esa es una breve descripción de cómo llegamos aquí, y es lo suficientemente simple para que un niño la entienda. De hecho, los estudiantes de la escuela dominical de nuestro departamento de primaria pueden tener una comprensión más precisa sobre los orígenes de la vida que muchos científicos. El relato de la creación es a menudo una de las primeras cosas que les enseñamos a los niños porque las verdades fundamentales establecidas allí forman la base para el resto de nuestras decisiones en la vida. Este fundamento es esencial para responder las tres preguntas restantes sobre nuestra identidad porque una vez que sabemos que Dios nos creó, podemos deducir que Él tiene un propósito para nosotros.

¿Quién soy yo?



Si alguien me preguntara: “¿Quién eres tú?”, yo podría decir: “Soy Lana”, “Soy un padre”, o tal vez, “Soy un pastor”. Si bien esas son respuestas verdaderas e importantes, no son la respuesta más importante. Cuando hablamos de la esencia de quiénes somos, sólo hay dos respuestas que una persona puede dar: o somos pecadores o somos hijos de Dios. Todos nacemos pecadores, pero podemos convertirnos en hijos de Dios por arrepentirnos y recibir el

perdón de los pecados.

Una de las parábolas de Jesús ilustra muy bien estas dos respuestas. La parábola comienza en Lucas 18:10, “Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano”. Una vez en el Templo, el fariseo comenzó a orar en voz alta: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano”. En otras palabras, él comenzó a contarle a Dios acerca de todas sus buenas obras, dejando saber a todos que él era un hijo de Dios. Pero ser hijo de Dios no pasa por hacer buenas obras; no se trata de ir a la iglesia, cantar en el coro o hacer actos nobles. Para ser un hijo de Dios, debemos nacer de nuevo. Debemos arrepentirnos y experimentar la gracia salvadora de Dios. ¡El fariseo pasó por alto esto por completo! Era un ladrón de identidad porque trató de presentarse como algo que no era. Sin embargo, el fariseo regresó a su casa de la misma manera que había venido—un pecador.

Luego, el publicano comenzó a orar. A diferencia del fariseo, el publicano no pretendió ser alguien quién no era. Él sabía quién era y admitió abiertamente su identidad ante Dios. Él oró: “Dios, sé propicio a mí, pecador”. Esa es la forma correcta de responder a esa pregunta, “¿Quién soy yo?” Aunque no queremos seguir siendo pecadores, debemos ser honestos con Dios antes de que Él pueda cambiar nuestra identidad. Esto es lo que Dios hizo por el publicano; Lucas 18:14 dice que se fue a su casa justificado.

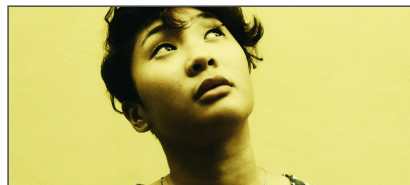
Doy gracias a Dios que en 1978, yo también tomé esa decisión. En ese momento, yo tenía once años. Mi familia sólo había estado viniendo a la iglesia durante unos meses, así que yo sabía muy poco acerca de Dios, pero yo podía ver algo en los otros niños de la escuela

**Cuando oramos
y recibimos la
salvación, Dios
cambia nuestra
identidad.
Entonces, si
alguien pregunta:
“¿Quién eres?”,
podemos decir:
“Soy un hijo de
Dios”.**

dominical que yo no tenía. Sabía que necesitaba ser salvado. Después de un servicio, estaba orando y tenía tantas ganas de ser salvo. Hice lo mismo que hizo el publicano—le dije a Jesús que era un pecador. Él me recordó cosas malas que había hecho y yo las confesé. Una cosa que Él mencionó fue un libro que había tomado de la biblioteca. Le dije a Jesús que lo devolvería. ¡Ese día, Jesús me salvó! Y gracias a Dios, todavía soy salvo hoy.

Cuando oramos y recibimos la salvación, Dios cambia nuestra identidad. Entonces, si alguien pregunta: “¿Quién eres?”, podemos decir: “Soy un hijo de Dios”. Esa es la identidad más importante que podemos tener.

¿Por qué estoy aquí?



La gente pasa mucho tiempo tratando de entender por qué están aquí. Muchos tienen un sentido

COLOSENSES 1:12-17

Con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados. El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten.

del destino y quieren hacer algo bueno con sus vidas. Pueden llegar a pensar que su propósito es ser un líder, un entrenador de vida, un artista, un “influenciador”—hay posibilidades infinitas a las que la gente llegará. Sin embargo, hay una razón por la cual todos estamos aquí, y está declarada en Apocalipsis 4:11: “Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas”. Para eso fuimos creados—para cumplir la voluntad de Dios.

Todo ser humano se dirige hacia la eternidad. Sin embargo, no todos los seres humanos van al mismo destino en la eternidad.

La Biblia tiene mucho que decir acerca de lo que cumple la voluntad de Dios. Para empezar, leemos que “sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6). Esto significa que no es suficiente sólo saber acerca de Dios, sino que también debemos creerle. Y si verdaderamente le creemos, haremos lo que Él nos dice que debemos hacer.

Una vida que cumple la voluntad de Dios se podría resumir en una palabra: santa. Una vida santa es aquella que no tiene pecado, y así es como Dios quiere que vivamos. Él estableció este principio primero con los israelitas en Levítico 11:44, y Pedro lo reiteró a todos los creyentes en 1 Pedro 1:15-16, “Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo”. La palabra *vivir* aquí se refiere a todos los aspectos de cómo nos relacionamos con los demás. Esto incluye las relaciones en la iglesia, así como también en el hogar, en el trabajo, en la tienda—dondequiera que vayamos. La santidad no es un acto que hacemos algunas veces; es un estilo de vida. Dios estableció el estándar de santidad en Su Palabra, y es lo que cumple Su voluntad. Estamos aquí para vivir en santidad. Esa es la razón de nuestra existencia.

¿Hacia dónde me dirijo?



Todo ser humano se dirige hacia la eternidad. Sin embargo, no todos los seres humanos van al mismo destino en la eternidad. Hay eternidad con Dios y hay eternidad sin Dios. Si nosotros somos hijos de Dios, los que hemos cumplido nuestra razón de ser y estamos viviendo vidas santas que cumplen Su voluntad, entonces tenemos la seguridad de la eternidad con Él en el Cielo. Como Job, podremos decir: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán . . .” (Job 19:25-27). Job estaba seguro de hacia dónde se dirigía en la eternidad, y nosotros también podemos estarlo.

Aquellos que no son salvos están en el camino ancho que lleva al Infierno—separación eterna de Dios. Si ese es usted, que Dios le ayude a arrepentirse y que usted le permita a Él cambiar su identidad de pecador a hijo de Dios. Que Dios te ayude a vivir una vida de santidad que cumple Su voluntad, porque es Su voluntad que todos pasemos la eternidad con Él.

El mañana no está prometido, pero tenemos este momento. No hay necesidad de una crisis de identidad cuando Dios nos ha dicho tan claramente de dónde venimos, quiénes somos, por qué estamos aquí y hacia dónde vamos. Tomemos tiempo ahora, mientras tenemos la oportunidad, de asegurarnos de que no hemos perdido la razón de nuestra existencia. ❖

Olulana Alofe es pastor de la Iglesia de la Fe Apostólica en East Bridgewater, Massachusetts, Estados Unidos.

UNA DECLARACIÓN DE LAS DOCTRINAS BÍBLICAS

Nosotros creemos en la inspiración divina de la Biblia, y apoyamos todas las enseñanzas contenidas en ella. A continuación se encuentra un resumen de los principios básicos de nuestra fe.

LA DIVINA TRINIDAD consiste en tres Personas: Dios el Padre, Jesucristo el Hijo, y el Espíritu Santo, perfectamente unidas como una. *Mateo 3:16-17; 1 Juan 5:7.*

EL ARREPENTIMIENTO es un duelo santo para el pecado con una renunciación de pecado. *Isaías 55:7; Mateo 4:17.*

LA JUSTIFICACIÓN O LA SALVACIÓN es el acto de la gracia de Dios por medio del cual nosotros recibimos perdón por los pecados y nos postramos ante Dios como si nunca hubiéramos pecado. *Romanos 5:1; 2 Corintios 5:17.*

LA SANTIFICACIÓN O LA SANTIDAD, el acto de la gracia de Dios por medio del cual nosotros somos hechos santos, es el segundo obra definitivo y es subsiguiente a la justificación. *Juan 17:15-21; Hebreos 13:12.*

EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO es el investidura de poder desde lo alto sobre la vida santificada limpia, y es evidenciado por hablar en lenguas como el Espíritu da expresión. *Juan 14:16-17, 26; Hechos 1:5-8; 2:1-4.*

LA CURACIÓN DIVINA de enfermedades se provee mediante la expiación. *Santiago 5:14-16; 1 Pedro 2:24.*

LA SEGUNDA VENIDA DE JESÚS será tan literal y visible como Su partida (*Hechos 1:9-11*). Habrá dos apariciones en una venida: la primera, para tomar a Su Novia que espera. *Mateo 24:40-44; 1 Tesalonicenses 4:15-17*; la segunda, para enjuiciar a los impíos. *2 Tesalonicenses 1:7-10; Judas 14-15.*

LA TRIBULACIÓN ocurrirá entre la venida de Cristo por Su Novia y Su regreso en el juicio. *Isaías 26:20-21; Apocalipsis 9 and 16.*

EL REINADO MILENARIO DE CRISTO son literalmente los 1.000 años del reino de paz de Jesús sobre la tierra. *Isaías 11 y 35; Apocalipsis 20:1-6.*

EL GRAN JUICIO BLANCO es el juicio final cuando todos los muertos malvados se postrarán ante Dios. *Apocalipsis 20:11-15.*

EL NUEVO CIELO Y LA NUEVA TIERRA reemplazarán a la tierra y al cielo actual, que serán destruidos después del Gran Juicio del Trono Blanco. *2 Pedro 3:12-13; Apocalipsis 21:1-3.*

EL CIELO ETERNO Y EL INFIERNO ETERNO son los lugares literales de destino final, cada uno tan eterno como el otro. *Mateo 25:41-46; Lucas 16:22-28.*

EL MATRIMONIO ES PARA TODA LA VIDA es un pacto entre un hombre y una mujer que se compromete ante Dios para toda la vida. Ningún cónyuge el derecho de casarse nuevamente mientras su primer compañero viva. *Marcos 10:6-12; Romanos 7:1-3.*

LA RESTITUTION es subsiguiente a la salvación, en donde los agravios contra otras personas serán corregidos a fin de tener una conciencia clara. *Ezequiel 33:15; Mateo 5:23-24.*

EL BAUTISMO DE AGUA es por una inmersión "en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo". *Mateo 3:16; 28:19.*

LA CENA DEL SEÑOR es una institución ordenada por Jesús para que nosotros podamos recordar Su muerte hasta Su regreso. *Mateo 26:26-29; 1 Corintios 11:23,26.*

EL LAVADO DE PIES se practica según el ejemplo y el mandamiento que Jesús dio. *Juan 13:14-15.*

Antes de que estas revistas sea enviadas, se ora siempre sobre ellas para la curación de los enfermos y la salvación de almas. Para obtener más información sobre nuestras doctrinas, escriba a info@apostolicfaith.org o visite nuestro sitio web: www.apostolicfaith.org.



Jesus
THE LIGHT *of* THE WORLD